Otra vez las mujeres somos culpables: la procreación como una razón de Estado

Nea Filgueira

La página entera dedicada por *La República* -y escrita por su Secretario de Redacción- al problema de nuestro bajo crecimiento demográfico manifiesta la misma virulencia utilizada por el fundamentalismo religioso en todo el mundo al enfrentar a las/os partidarias/os de la legalización del aborto. Mal comienzo e ingrata sorpresa para muchas/os de sus lectoras/es.

Fundamentalismos aparte, los problemas demográficos que el Uruguay tiene planteados y que sirven de pretexto a Vignolo para manifestar su postura contra toda forma de control de la fecundidad merecen un tratamiento menos apocalíptico y terrorista que el empleado. No sólo porque esos problemas nunca podrían ser atribuidos a una sola causa sino porque esas formas de abordaje de los problemas generalmente van acompañadas por importantes anteojeras, de tal modo que el análisis de causas y consecuencias no se realiza con la intención de aportar a la solución de los problemas sino por la necesidad de rechazar una realidad que no se desea -o no se puede- admitir.

En el artículo se sotienen algunas tesis absolutamente novedosas en materia de comportamiento demográfico, aplicadas al Uruguay. Que nuestra población ha crecido muy lentamente -y dentro de pronto decrecerá-, debido al laicismo implantado por el **battlismo**; que nuestra nación va a desaparecer porque las uruguayas no engendran lo suficiente o no llevan a término sus embarazos; que podríamos haber alcanzado la cifra de 9 ó 10 millones de habitantes mediante el simple expediente de no haber permitido que las mujeres controlaran su fecundidad, entre otras.

Esas tesis son curiosas, porque es difícil encontrar su sustentación en los estudios demográficos e históricos, los cuales nos muestran que las cosas son bastante más complicadas. Y porque, además, no es serio inferir cuál habría sido la dinámica social de cualquier colectivo a partir de cosas que hubieran podido pasar pero que no pasaron.

Agregado a ello, habría que tener en cuenta que uno de los rasgos más típicos de nuestro país ha sido, precisamente, la precariedad de nuestra base poblacional; que el Uruguay, desde antes de ser un país, integra un **hinterland** que va más allá de nuestra fronteras políticas, de modo que "nuestra" nación está integrada en forma más difusa y heterogénea que lo que desea creerse (no es lo mismo ser "bayano" que litoraleño o montevideano). Razón por la cual, en parte, durante casi toda nuestra historia, expulsamos población más de lo que retuvimos (incluso inmigrantes, aunque no tengamos hoy estadísticas para comprobarlo).

Pero, además, nuestro problema actual no es que nazcan pocos sino que se van muchos -la mayoría jóvenes, en edad de procrear-, a pesar de lo cual en este país los jóvenes no parecen valer nada, al menos para el Estado, cuestión que escapa totalmente al análisis del articulista.

Por último, debería considerarse que la dinámica poblacional, si bien puede ser, en parte, resultado de las tradiciones culturales, también tiende a acompasarse con los procesos de desarrollo más generales, de tal modo que los procesos económicos propios y ajenos, junto con ciertas características culturales -el laicismo, por ejemplo-, terminaron compaginándose para generar el Uruguay que fue y que es, no el que podría haber sido. Esa nación real cuya próxima pérdida le duele al articulista.

Una naturaleza maligna

Pero hay cuestiones bastante más peligrosas planteadas como tesis en el artículo citado, como el atribuirnos a todas/os -o casi todas/os- las/os uruguayas/os una naturaleza maligna, criminal, asesina. Una interpretación de los colectivos sociales que solamente se encuentra en los fundamentalismos -de cualquier "pelo"- que en el mundo han sido. La tesis que más nos preocupa, formulada en términos muy simples, diría lo siguiente: existe una "razón de Estado" (un imperativo político) para que las uruguayas -si, las mujeres, porque son las que pueden parir- abandonen sus prácticas anticonceptivas y abortivas, so pena de ser culpables de la desaparición de la Nación -así, con mayúscula-. Vieja razón, nuevamente sostenida por Vignolo apelando a la ética. Y digo nuevamente porque esa tesis básica del artículo -con su terrorismo verbal incluido- es exactamente la misma que fue usada en los albores del Iluminismo -de la modernidad- para poner a las mujeres europeas a parir y criar muchos hijos destinados a poblar las colonias, a hacer las guerras y a ser carne de cañón del industrialismo naciente. ¡Si sabrían las mujeres proletarias lo que esa palabra significa, cuando ellas y sus hijos morían como moscas!

Y el problema radica en que hoy y aquí, en nuestro país, continúan siendo las mujeres más pobres las más vulnerables a discursos moralizadores como el de Vignolo, por lo que muchas siguen teniendo hijos que deben abandonar, dejar que se les mueran de hambre, o alimentarlos prostituyéndose, sin que por ello se les mueva un pelo a los "próceres" de esta nación por "los más indefensos y los más queridos".

¿Queridos por quiénes? ¿No es un eufemismo hablar en esos términos en un país que nunca conoció tales niveles de indigencia infantil, en una ciudad en donde la tasa de mortalidad infantil es 18 veces más alta en la Ciudad Vieja que en Punta Carretas?

Recordemos, para mayor abundancia, que fue también ese viejo discurso de los padres de la modernidad (razón de Estado sustentada en principios éticos) el que utilizó Hitler al dirigirse a las mujeres alemanas en su manía por preservar la "raza aria". Ellas estaban destinadas a la cocina, la casa y la crianza, para asegurar la "grandeza" de su nación. Y es el

mismo que utilizan hoy los conservadores franceses preocupados porque la gloriosa Francia (la de los franceses "puros") crece a menores tasas que los inmigrantes de tez oscura que los han "invadido".

¿No es acaso un temor apocalíptico parecido al que expresa el artículo? ¿Que los uruguayos (sí, sólo en masculino) desaparezcan, siendo sustituidos por quién sabe qué extraños seres de otros orígenes? Curioso, en realidad, porque nuestra nación se conformó con distintas nacionalidades, porque, si el país se transformara en un gran polo de atracción, no sólo volverían los que están en Brasil o Argentina sino que el **hinterland** solamente daría lugar a que mucha sangre nueva -como al comienzo- llegara a estas tierras. Y bienvenida fuera. Tampoco los jóvenes se irían y hasta quizá muchas mujeres podrían tener los hijos que quisieran y no los que pudieran, como lo hacen hoy, por responsabilidad y no por "intrascendentes".

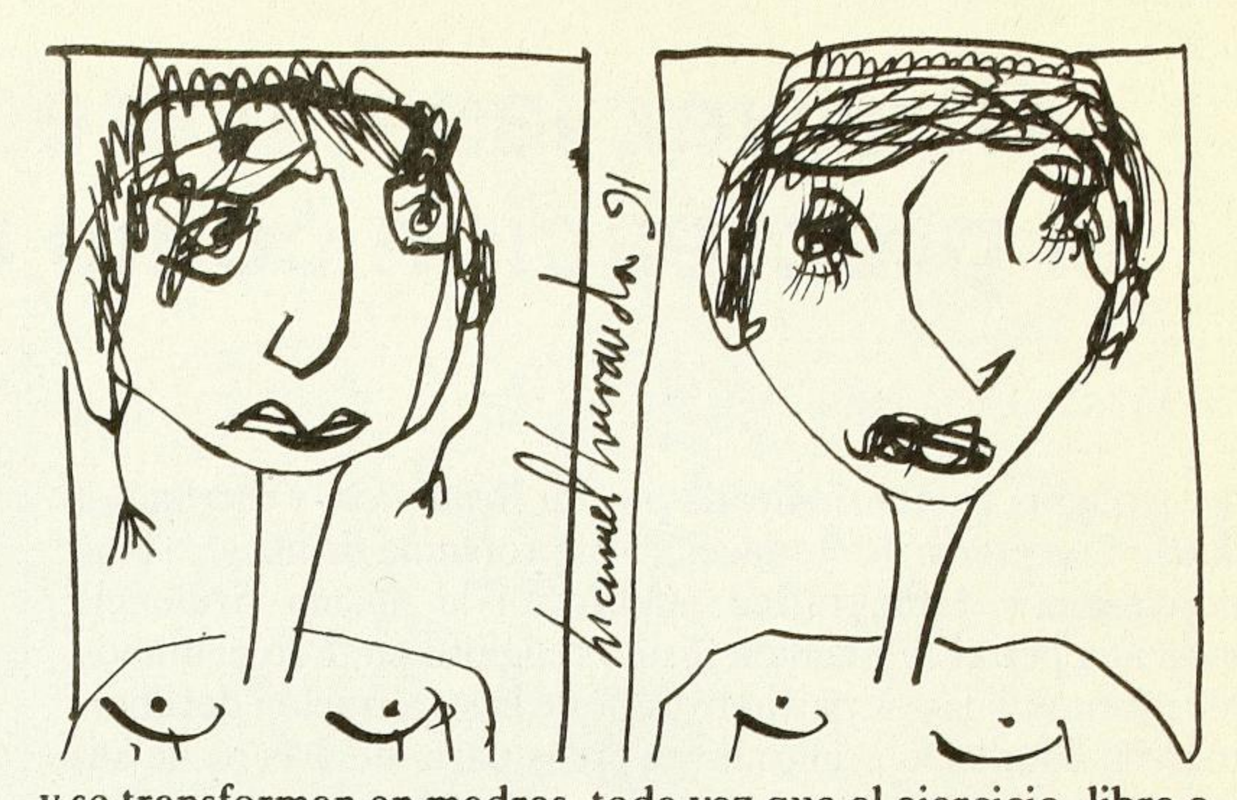
Optica masculina

Es que el problema no está en la ausencia de una "religiosidad popular", que nos lleva a las/os uruguayas/os a poseer una criminalidad "natural". ¡Vaya tesis! Ni en la ausencia de una ética de preservación de la "raza" uruguaya (¿o la "garra" charrúa?). El problema radica en que, cuando algunas cuestiones se transforman en preocupación política -tal como sucede con Vignolo-, y en especial si se refieren al escaso o alto crecimiento demográfico, pasan también a ser vistas desde una óptica fundamentalmente masculina. Cosa que sucede aquí y en cualquier lugar del mundo, dando lugar a políticas poblacionales del Estado que obligan a las mujeres a procrear o no procrear según sea el interés del Estado, el cual está fijado -¡oh, casualidad!- por los hombres del Estado (de ahí que también se invalide el argumento fácil de que el imperialismo es el culpable de esta "manía" que ha cundido en el mundo para bajar la natalidad).

Optica masculina desde la cual es muy difícil -si no imposible- aceptar que la razón de ser de las mujeres no está en una tecnología propia de la raza humana referida a su preservación y reproducción, no está en ningún "destino manifiesto" impreso en los genes de nuestra especie, sino que la razón de ser de las mujeres, igual que la de los hombres, ha sido construida en la larga marcha recorrida por la humanidad hacia una aspiración fundamental: el logro de la libertad. Y si la libertad significa autonomía, opciones, libre elección, otras tendrían que ser las circunstancias y otros los argumentos para que las mujeres decidan renunciar a su libertad para utilizar las tecnología que les permiten elegir cuándo y hasta cuándo transformarse en madres.

¿Es tan difícil entender que el maternaje, la tarea de anidar durante nueve meses un proyecto de ser humano (del que no estamos seguras hasta que no lo vemos realizado), traerlo al mundo y luego alimentarlo, cuidarlo, atenderlo y protegerlo durante años, es una tarea costosa, desgastante, absorbedora de energía y tiempo, absolutamente diferente de lo que el paternaje es, tal y como son hoy las cosas?

Y puesto que esto es así, pocas opciones les quedan a las mujeres en el mundo de hoy: o se sienten con el derecho humano elemental de elegir si y cuándo ejercer el maternaje; o aceptan los "designios" de la biología y quedan embarazadas



y se transforman en madres, toda vez que el ejercicio -libre o impuesto- de su sexualidad les lleve a ello; o reinventan el cautiverio monjil, para enclaustrarse desde muy jóvenes, porque ya sabemos que, púber o impúber, no siempre están a salvo de ser violadas, ni siquiera por sus propios padres.

Encontrar las causas

Mientra el mundo sea como es y los que disponen de los recursos y ejercen el poder no den prioridad al cuidado de la infancia y la adolescencia, de modo que su preservación no dependa de una importante dedicación de cada mujer aislada en su hogar, ni suponga una reducción de su **handicap** como persona, muchas mujeres no traerán al mundo los hijos que quieran sino los que puedan responsablemente traer. Y ninguna norma moral, ni "razón de Estado", les impedirá decidir en cada caso acerca de una nueva maternidad, incluso recurriendo al aborto. Esa es la realidad, aunque cueste aceptarla; lo que nos permite apuntar mejor nuestras baterías, para encontrar dónde están algunas de las causas, más que los "culpables", y avanzar en la búsqueda de "transparencia" pero también de soluciones para el problema que a Vignolo le preocupa.

En cuanto a que la vida y la muerte son valores absolutos, habría mucho que decir. Pero sólo recordaremos aquí una historia americana: las mujeres de una de las etnias que poblaban Yucatán -creo no equivocarme en el origen- mataban a sus hijos cuando nacían, después que su pueblo fue conquistado por los españoles. Nacer en cautiverio era, para ellas, peor que la muerte. Una de las miles de formas en que las mujeres de cada cultura han respondido a las circunstancias externas frente a su capacidad de parir.

Si nos sentimos pertenecientes a la humanidad, lo importante para nosotras/os será no sólo "dar la vida sino también conservarla". Pero, ¿qué vida? Lo importante será otorgar a la vida humana un contenido que permita que ella se despliegue en la Tierra dignamente: como resultado del idéntico valor asignado a cada ser humano por serlo; con la aceptación de todas las diferencias y todos los dilemas que el estar vivas/os supone, incluyendo aquellos que nos obligan a decidir entre opciones "de hierro"; nunca como derivación de nuestra animalidad o de algún "destino manifiesto" que se nos quiera imponer. En esto, en todo caso, reside la trascendencia de la vida y la muerte para los humanos. Lo otro, suele ser falsa conciencia. (*La República*-Uruguay)